

texto
Teresa Broseta y Jordi Payà



dibujos
Javier Lacasta Llácer

¿Qué tiempo hará mañana?

Descubre los secretos de la meteorología





1

Tres son demasiadas

Ismael baja del autobús del colegio y echa a correr como si le persiguiera un toro. Pero, aun así, le llega claramente la voz de Melisa, que le sigue:

—¡No me esperes, no, antipático!

Ismael está a punto de pararse en seco, pero no lo hace. Sin girarse, grita:

—¡Es que hoy tengo mucha prisa!

9

Es una mentira como una casa, y está seguro de que Melisa lo sabe perfectamente. Nota que las mejillas se le ponen rojas como tomates, en parte por la vergüenza y en parte por la carrera. ¡Y, para decirlo todo, también por culpa del calor que hace! Si parece más agosto que octubre...

Llega al portal a galope y clava el dedo en el botón del portero automático.

«¡¡Ring, ring, ring, ring, ring!!».

Al cabo de un rato que se le hace muy largo, suena la voz irritada de la abuela Balbina:

—¡Un poco de paciencia, Ismael, que aún no sé volar!

—¡Perdón! —exclama inmediatamente Ismael.

Mientras sube por la escalera tan deprisa como puede, lamenta su impaciencia. La abuela Balbina, que no puede correr por cul-

pa de la cadera estropeada, se enfada cuando alguien le va con prisas. ¡Y, en este momento, lo último que necesita es una abuela enfadada!

Por suerte, cuando llega al quinto piso, ve que la abuela le espera con la puerta abierta y una sonrisa en los labios.

—¿Qué pasa? ¿Que te estás meando? —pregunta, divertida.

—¡Exacto! —contesta Ismael, continuando la carrera hasta el lavabo. Nota que le arde la cara. ¡No tiene ninguna práctica en eso de decir mentiras!

Al salir del baño, la abuela le espera en la puerta de la cocina.

—¿Es que hoy no sube Melisa a merendar? ¡He hecho un bizcocho que huele a gloria!

Ismael se mira la punta de los pies y tartamudea:

—Nn-no, es que, que, es...

Las palabras no le salen por más que se esfuerce. ¡Tres mentiras en una tarde son demasiadas!

La abuela, que lo conoce como la palma de su mano, pregunta con suavidad:

—¿Es que te has peleado con ella, hijo?

Ismael, con un hilillo de voz, confiesa:

—Sí.

—¿Cómo es posible, tan amigos que sois? —dice la abuela—. Ven, ven a la cocina y me lo cuentas mientras merendamos... Lástima de bizcocho, tan a gusto que se lo come Melisa...

Ismael la sigue arrastrando los pies hasta la cocina, se derrumba en una silla de paja y pregunta:

—Abuela, los novios tienen que estar siempre de acuerdo en todo, ¿verdad?

La abuela Balbina se echa a reír.



—¡No, hombre, no! ¿Quién te ha dicho eso?

—Nadie —dice el chiquillo, orgulloso—. Lo he pensado yo solo.

—Ah, ¿sí? —la abuela corta el bizcocho y se sienta, interesada—. ¿Y por qué has pensado eso?

Entre bocado y bocado de bizcocho, Ismael se lo explica:

—¡Mira mi padre y mi madre! No estaban nunca de acuerdo y ahora ya no son novios... Como los padres de Melisa, que también están separados. Por eso creo que no se puede ser novios si no se está de acuerdo en todo... ¿Es que no es verdad, abuela?

—Vamos por partes, Ismael —sonríe la abuela, alargándole más bizcocho—. Una pareja no puede funcionar si no están nunca de acuerdo en nada, en eso tienes razón. Pero no hace

falta que estén de acuerdo en todo y todo el tiempo, hijo mío. ¡Ni muchísimo menos!

—¿No? —pregunta Ismael, con los ojos como platos.

—¡Claro que no! Si no, la vida sería un aburrimiento...

Los ojos de Ismael se iluminan. Se había llevado un buen disgusto pensando que Melisa y él ya no podrían ser novios nunca en la vida. Por eso había bajado del autobús a la carrera, huyendo de Melisa, y no la había invitado a merendar. ¡Pero si la abuela decía que los novios no tienen que estar de acuerdo siempre en todo, todavía tenía una oportunidad!

La abuela Balbina, como si le leyera el pensamiento, dice entonces:

—Venga, Ismael, ¿por qué no bajas a hablar con Melisa? Si hacéis las paces, aún llegará a tiempo de probar el bizcocho...

Ismael se levanta como un cohete, deja un beso muy pegajoso en la mejilla de la abuela y sale de casa a la carrera dejándose la puerta abierta. ¡Suerte que Melisa vive justamente en el piso de abajo!

«¡¡Ring, ring, ring, ring, ring!!».

Melisa no tarda ni un segundo en abrir la puerta, como si estuviera esperándole. Con un relámpago burlón en sus ojos azules como el mar, le suelta:

–¡Hola, guapo! ¿Ya se te han pasado las prisas?

Las mejillas de Ismael vuelven a quemar, como cada vez que esa descarada le llama guapo. Haciendo un esfuerzo, murmura:

–Yo... ¡Yo quiero que hagamos las paces, Melisa! Y también invitarte a merendar, si es que aún no has merendado.

La risa de Melisa rebota por toda la escalera.

–¡Ay, Ismael, estás tan gracioso!

Ismael se mosquea:

–Pero, ¿hacemos las paces o no?

–¡Sí, hombre, sí! –vuelve a reírse Melissa–. Y también subo a merendar contigo...
¿Cómo no voy a subir? Con lo bien que huele el bizcocho de la abuela Balbina...

